



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 34 | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 10 Setiembre 1876 | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVI.

SUMARIO

Explicacion de los grabados, por Joaquina Balmaseda.—Túnica.—Albornoz.—Túnica princesa.—Redecilla Masaniello.—Corbatas elegantes.—Alfombra de tapicería.—Lavabo con sus correspondientes adornos.—Canastilla.—Almohadon de tapicería.—Redoma caza-moscas.—Cubre maceta.—Cartera para la labor.—Cuerda para tender ropa fina.—Objetos para el lavado y planchado de la ropa blanca.—Bolsa para el añil.—Cilindro para lavar los encajes.—Almohadilla para limpiar las planchas.—Bolsa para almidon.—Bolsa

para la ropa de lejía.—Delantal y mangas para planchar.—Puntillas de crochet.—LITERATURA: Un recuerdo de los teatros de San Petersburgo.—El regreso, por Enrique Heine.—La Fuente de los Excomulgados, por Adolfo R. Gamez.—Revista semanal, por Alberto Diaz de la Quintana.—Variedades.—Explicacion del figurin.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1. FALDA PARA EL VESTIDO NÚM. 2 DE "EL CORREO" ANTERIOR.

Esta falda corresponde al vestido para excursiones á las montañas, que fué suficientemente explicado en el número anterior. El cuerpo es una blusa sujeta con el mismo cinturón de la falda, y encima iba la túnica que mostraba el grabado citado.

2 Y 14. TÚNICA-ALBORNOZ.

También el número anterior presentaba por detrás esta misma túnica, que iba suficientemente explicada; el número 14 ofrece el croquis para la mejor inteligencia de quien la haga, reduciendo con frunces las desigualdades de los paños, y formando el albornoz con dos paños al hilo. El núm. 2 la presenta de cachemera azul marino con encaje crema; fleco azul y lazos crema.



2. Túnica albornoz. (Véase núm. 14.)

4. ALFOMBRA DE TAPICERÍA.

Imita las de dibujo oriental, de que tienen recibidos varios modelos nuestras lectoras, y su bordado es de cruz sencilla.

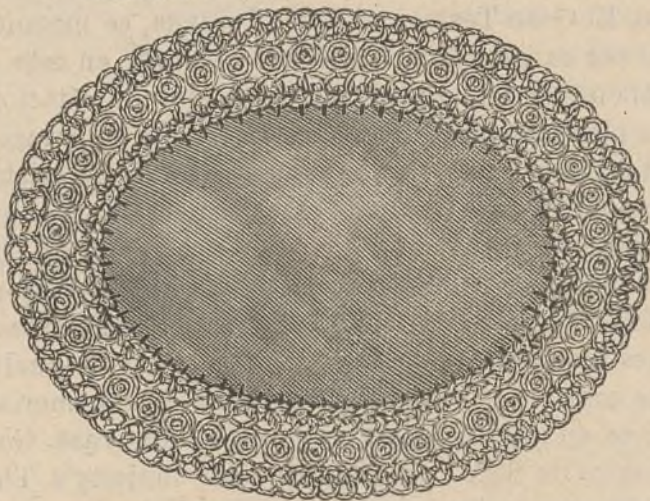
5 Á 9. LAVABO Y ADORNOS PARA ÉL.

El núm. 5 muestra la arandela ó paño de tela cruda con cenefa de crochet, hecha con hilo grueso á crochet de horquilla, y unos bodeques lunares hechos á punto doble, pasando de uno á otro con una cadeneta larga, sobre la que se va trabajando en círculo hasta rematar el bodeque en el centro, empezando el siguiente

en la circunferencia del mismo que se ha concluido: al coserle con un feston largo de color, se embebe para que sienta bien. Los lambrequines que adornan el respaldo, son de paño bordados con soutache y lana de colores á punto ruso, ofreciendo los dibujos todos de tamaño natural los núms. 6, 7 y 9 el de crochet. Es muy frecuente poner en la pared detrás de los lavabos un hule ó tejido de mimbres que garantiza la pared del agua que salpica, y que cada cual adorna á su manera. La que presentamos está además sostenida con un cordón de lana y borlas de colores.



1. Falda para el vestido núm. 2 del Correo último.



5. Tapete para lavabo. (Véanse los núms. 8 y 9.)



4. Alfombra de tapicería.

10 Y 11. CANASTILLA.

La núm. 10 ofrece la figura de un pouf de salon, y se destina á guardar ropa blanca. Tiene 42 cents. de alto por 41 de diámetro, y es de junco amarillo y negro, forrada por dentro de seda de color: el asiento que constituye la tapa, va cubierto de un almohadon bullonado de raso azul, igual al fleco anudado, que la guarnece alrededor.

El núm. 11 es otra canastilla en forma de cuba, y también destinada á guardar ropa blanca, adornada de lambrequines de lana, de percal, de tela cruda ó de cualquiera otra, bordada de colores fuertes: el dibujo son hojas de parra, pero los que presentan los núms. 6 y 7 pueden igualmente servir.

12 Y 13. ALMOHADON DE TAPICERÍA.

El núm. 13 muestra la cuarta parte de un almohadon bordado de tapicería, cuyos colores van al pie, y el núm. 12 presenta colocado un doble espejo que ofrece la colocacion de los arabescos en el resto del almohadon. Son dos espejos de 17 cents. de alto por 26 de ancho, unidos por el lomo como las tapas de un libro, y que deberán tener su estuche para guardarse.

15 Y 16. CORBATAS.

La primera, número 15 es una tira de tul crema, de 14 cents. de ancho por 150 de largo, y adornada de entredoses y puntillas de crochet. (Véanse al efecto los números



3. Túnica Princesa cerrada á un lado.

ros 18 y 19.)

La corbata núm. 16 es de seda ó foulard de color, y hecha la punta de encaje irlandés con cintita é hilo color crema: también se hace con hilo crema y la cinta ó trencilla del color de la corbata.

17. REDECILLA MAZANIELLO.

Hácese de mallas muy grandes, y del color de los cabellos, ó del color del traje, si es para salon, y llévase mucho para diario con traje de campo y playa. Comiénzase por 7 puntos, se aumenta uno en cada vuelta, hasta contar 18, se ejecutan luego 14 sin crecer ni menguar, y se mengua luego lo mismo que se creció, hasta

concluir en los mismos puntos. Un lazo de su mismo color le completa.

18 Y 19. PONTILLAS.

Ambas son de crochet, y las estrellas del centro de las ondas se hacen antes por la explicación que se dió en Febrero último, colocándolas como indica el dibujo por los picots al hacer la puntilla. Una y otra aparecen claras en el dibujo.

20. REDOMA CAZA-MOSCAS.

Pintura silueta sobre cristal.

En números anteriores hemos explicado á nuestras lectoras el modo de obtener la pintura silueta en cristal y porcelana. El presente número es una redoma pintada de este modo, cuyo fondo opaco no permite ver los insectos que hay dentro, sin oscurecerle demasiado, porque no acudirían las moscas á un objeto oscuro.

21 Y 22. CUBRE-MACETA.

Bordado en cañamazo Java.

El núm. 22 ofrece de tamaño natural esta cenefa que se borda á puntos largos con algodón grueso blanco y encarnado: pueden emplearse igualmente lanas ó sedas argelinas de dos colores; pero como su objeto es sólo cubrir el barro de una maceta, no deben emplearse ingredientes ricos.

23 Y 24. ANGULOS BORDADOS.

Sirven para tapetes, almohadones, tapas de álbums ó cualquiera otro objeto, y pueden bordarse sobre piel, paño ó cachemir, con cordoncillo, torzal é hilillo de oro: el núm. 24 lleva una arenilla ó punto de armas hecho con oro.

25 Á 27. CARTERA PARA LA LABOR.

Destínase á guardar en el bolsillo las labores de poco bulto que se trasladan de un punto á otro. Los números 25 y 26 ofrecen lindos calados hechos en tela gruesa en un pedazo de 16 cents. de ancho por 35 de largo, y se hacen los calados sacando los hilos y con seda del color del forro, el cual vuelve en ancho ribete todo alrededor. Botones y presillas cierran la cartera.

28. CENEFA PARA ARANDELAS.

Sirve para el mismo objeto que la núm. 5, sólo que ésta lleva sobre la misma tela cruda una cenefa hecha con trencilla Cluny y algodón de color, y la puntilla hecha con la trencilla misma, como indica el dibujo.

29 Y 30. CUERDA PARA TENDER ROPA FINA.

Materiales: Algodón muy grueso y aguja de crochet.

Princiase la cuerda por una cadeneta de 8 puntos que se cierra en círculo, continuando siempre en redondo y á puntos dobles, y cuando se han hecho 6 metros de esta cuerda, se fija á cada extremo una sortija de madera ó alambre, lo que permite colocarla donde se necesita.

31 Á 36. OBJETOS PARA EL LAVADO Y PLANCHADO DE LA ROPA BLANCA.

31. *Bolsa para el añil.*—Ejecútase á punto de aguja, con algodón blanco y en redondo, empezándola por la abertura de arriba con 148 puntos para concluirla como el cierre de una media: el dibujo es una cenefa rayada de puntos del revés y del derecho, una vuelta calada para pasar los cordones, y luego todo el fondo hecho con 2 puntos del revés y 2 del derecho, trocándolos cada tres vueltas. En esta bolsita se tiene el añil, y basta sumergirla en el almidón unos momentos, dejándola luego secar hasta que hace falta otra vez.

32. *Cilindro para lavar el encaje.*—Es de porcelana, agujereado á propósito como un arnero, para que pueda pasar el agua, y debe cubrirse con una bayeta fina ó muselina de lana blanca, muy tirante, hilvanando á éste el encaje y sobre él otra muselina ó bayeta. Se jabona bien todo alrededor, se aclara y se deja secar allí mismo, deshilvanando luego el encaje, que queda perfectamente limpio y armado como si tuviese apuesto.

33. *Almohadilla para limpiar las planchas.*—Se hace de crochet, como los paños de comedor explicados en el mes de Julio, con algodón muy grueso, y principiando por el centro para crecer en los cuatro ángulos: una pequeña puntilla del mismo crochet la completa.

34. *Bolsa para almidón.*—Tiene 56 cents. de largo, 35 de anchura por arriba, que es por donde se empieza, y se ejecuta á punto de media, cerrándole como ellas se cierran. Comiénzase por 308 puntos, y se hacen algunas vueltas del revés alternadas con calados, por los que se

pasa una cinta, continuándose la bolsa á punto liso de media, y la punta triangular que sobresale de un lado de la bolsa, se pone sobre la vasija en que se cuele el almidón.

35. *Bolsa para la ropa de lejía.*—(Redecilla de bramante.) Estas bolsas, con distintas separaciones, son muy cómodas, porque pueden separarse las prendas más ó menos finas, y va forrada la bolsa de percal blanco.

36. *Delantal y mangas para planchar.*—(Patron: le hallarán nuestras lectoras en el pliego del revés de Abril.)

Debe hacerse en tela cruda, con bieses de cretona azul, cosidos á la máquina y terminados por pequeña puntilla de crochet. El patron de manga se ha dado en el mes anterior, y una presilla en la parte superior permite sujetarlas con cintas, como indica el dibujo.

JOAQUINA BALMASEDA.



UN RECUERDO DE LOS TEATROS DE SAN PETERSBURGO.

Los teatros en San Petersburgo tienen un aspecto monumental y clásico. Recuerdan generalmente, por su arquitectura, el Odeon de París ó el teatro de Burdeos. Aislados en el centro de anchas plazas, ofrecen gran desahogo para el acceso y la salida. Por nuestra parte preferimos un estilo más original, y creemos que es posible crearle con formas peculiares al país, del cual se sacaría novedad en el efecto. Pero esta falta no es exclusiva de la Rusia. La admiración mal entendida hacia la antigüedad puebla todas las capitales de partenones y de casas cuadradas copiadas con más ó menos exactitud, atestándolas de carbon, ladrillo ó yeso. Sin embargo, en ninguna parte están más fuera de su centro ni aparecen más infelices que en San Petersburgo esos pobres órdenes griegos; acostumbrados á la atmósfera azul y al sol, tiritan bajo la nieve que oculta sus techumbres chatas durante un largo invierno. Es verdad que los barren con cuidado á cada nevada, lo cual es la mejor crítica del estilo predilecto. ¡Estalactitas de hielo entre el acanto de los capiteles corintios! ¿Qué os parece esta idea? Una reacción romántica se efectúa ahora en favor de la arquitectura moscovito-bizantina; deseamos que triunfe. Cada comarca, cuando no se la violenta á nombre de un supuesto buen gusto, produce sus monumentos como produce sus hombres, sus animales y sus plantas, según las exigencias del clima, de la religión y del origen; y lo que á Rusia conviene es el orden greco-bizantino, y no el griego de Atenas.

Hecha esta salvedad, no nos queda más que tributar elogios. El Gran Teatro, ó Opera Italiana, es magnífico, colosal por su grandeza, pudiendo rivalizar en esto con la Scala ó San Carlos: los carruajes, que se estacionan en una plaza inmensa, llegan al teatro sin embarazo, ni desórden. Dos ó tres vestíbulos con puertas de cristales impiden que el aire de hielo exterior penetre en la sala, y ofrecen la transición de diez ó quince grados de frío ó veinticinco de calor. Antiguos militares con el uniforme de veteranos esperan á la entrada para desembarazarlos de vuestras pieles, abrigos y chanclos: os los devuelven sin que ocurra jamás una equivocación: esta memoria de la piel es, en nuestro juicio, una especialidad rusa. Como en el teatro de S. M., en Londres (Her Majesty's Theatre) nadie va á la ópera italiana de San Petersburgo sino de frac negro, corbata blanca y guante pajizo ó de color claro, á menos de llevar el uniforme de un grado ó de un cargo cualquiera, lo cual es más común: las mujeres vestidas de etiqueta, escotadas y manga corta. Esta etiqueta: que aprobamos, contribuye mucho al esplendor del espectáculo.

El patio del Gran Coliseo está dividido en el centro por un ancho paso. Un corredor semi-circular le rodea, teniendo por un lado una línea de plateas, y facilita en los entre actos la conversacion con los conocidos que las ocupan. Esta disposición tan cómoda, y en uso en todos los principales teatros de las capitales, exceptuando á París, deja salir y volver á ocupar su asiento sin molestar á nadie.

Lo que más sorprende al entrar es el paleo imperial: está instalado, en el centro, enfrente del actor. Su altura corta dos líneas de palcos: dos enormes astas doradas, cubiertas de esculturas, sostienen las cortinas recogidas con cordones y borlas de oro, y soportan un gigantesco blason con las armas de Rusia, de una forma heráldica

en extremo arrogante y fantástica. Es un gran asunto de ornamento esta águila de dos cabezas con sus coronas con sus alas desplegadas, la cola abierta á guisa de abanico, cuyas penas son el término medio entre la pluma y el florón, estrechando con sus garras el globo y el cetro, abismado el escudo de San Jorge y, como un collar de orden en su escamoso vientre, las armas de los reinos, de los ducados y de las provincias. Ninguna decoración greco-pompeya produciría un efecto tan satisfactorio y digno.

El telon no representa una cortina de terciopelo con anchos pliegues, sino una vista de Peterhoff con sus arcadas, sus pórticos, sus estatuas y sus techos pintados de verde al estilo ruso. Las delanteras de los palcos, superpuestos regularmente, al uso italiano, están decorados con medallones blancos con cuadro de oro, conteniendo figuras y atributos de un tono ligero y dulce, con tendencia al pastel y destacándose de un fondo color de rosa. No hay galería, ni balcones: los palcos de proscenio, en vez de estar entre columnas, están aislados por estas mismas astas labradas y doradas, bastante parecidas á los mástiles que sostiene el pabellon de las tiendas orientales: esta coordinacion ofrece gracia y novedad.

No es fácil definir el estilo de la sala, á menos de adoptar el término español *plateresco*, que quiere decir castizamente estilo de orfebrería, y designa una clase de arquitectura en que la ornamentación, sin freno ni regla, produce mil caprichos exuberantes de una riqueza desordenada. Piedras, conchas, raíces, florones reflejan en mil puntos brillantes las luces de las arañas en sus abundantes dorados; pero el efecto general es alegre, espléndido, feliz, y el lujo de la sala cuadra bien con el lujo de los espectadores. Esta locura ornamental en un teatro nos agrada más que la arquitectura monótonamente correcta. En tal caso, algo de extravagancia sienta mejor que la pedantería. Terciopelo, oro, luz con profusión, ¿qué más se quiere?

Se da á la primera línea de palcos, encima de las plateas, el nombre de piso bello, y aunque no exista una interdicción formal, este piso bello está reservado á la alta aristocracia, á los grandes dignatarios de la corte. Ninguna mujer sin título, por rica, por respetable que fuese, se atrevería á colocarse allí: su presencia en este sitio privilegiado causaría extrañeza á todos y principalmente á sí propia. Allí el millon no basta á borrar todas las líneas divisorias.

Las primeras hileras de la orquesta están reservadas á las personas de distinción: en la contigua á los músicos no se ven sino ministros, grandes oficiales, embajadores, primeros secretarios de embajada y otros personajes de consideración y considerados.

Un extranjero célebre con un título cualquiera puede encontrar allí asiento. Las dos filas siguientes son todavía muy aristocráticas. La cuarta consiente ya banqueros, extranjeros, funcionarios de cuarto orden, artistas. Es una especie de convenio tácito que nadie invoca y al que todo el mundo obedece.

Esta costumbre familiar de ir á la orquesta nos sorprende desde luego en personajes de tan gran posición: allí hemos visto los que más figuran en el imperio. Ocupar una butaca no impide tener su palco para la familia; pero es el asiento de preferencia, y esta costumbre ha dado margen á la reserva que contiene el público ordinario en sitios más atrás. Esta clasificación no debe chocar en Rusia, en donde el Tchín divide la sociedad en catorce categorías bien distintas, de las cuales la primera clase no comprende con frecuencia más que dos ó tres personas.

En el teatro Italiano de San Petersburgo no se da la misma noche la ópera y la función coreográfica. Son dos espectáculos enteramente separados y que tienen cada uno su día. El precio de abono para el baile es menos caro que el de la ópera. Como la danza debe constituir sola el espectáculo, los bailes tienen más desarrollo que entre nosotros: constan hasta de cuatro ó cinco actos, con multitud de cuadros y cambios de escena á la vista; ó si no, se dan dos bailes una misma noche. Las mayores celebridades de canto y de baile han figurado en este gran coliseo. Cada estrella ha venido á su vez á brillar en este cielo polar sin perder ninguno de sus rayos. A fuerza de rublos y buena acogida se ha vencido el temor quimérico de extinción de voz y de reumatismo. Ninguna garganta, ninguna rodilla ha sufrido en este país de nieve en donde se ve el frío sin sentirle. Rubini, Tamburini, Lablache, Mario, La Grisi, Taglioni, Esler, Carlota, han sido allí respectivamente admiradas y comprendidas: Rubini recibió una condecoración: augustas muestras de aprobación animan el númen de los artistas y les manifiestan que son delicadamente apreciados, aunque con frecuencia no se deciden, sino algo tarde, á emprender el viaje.

Años pasados Tamberlik, Calzolari, las señoras Lortí, Bernardi, Dottini, formaban la cabeza de una compañía

admirable; Mme. Ferraris, la bailarina mas perfecta del mundo, despues del eclipse de Carlota Grisi, figuraba en un *ballet* compuesto para ella por Perrot, el coreógrafo sin rival. Hacerse aplaudir por un paso no es fácil en San Petersburgo. Los rusos son muy conocedores en esta materia, y es temible el fuego de sus anteojos. Quien le ha experimentado victoriosamente puede cobrar confianza en sí. De su conservatorio de danza salen alumnos distinguidos y un cuerpo de baile que no tiene igual por su conjunto, precision y rapidez de evoluciones. Se disfruta un verdadero placer en contemplar esas líneas tan rectas, esos grupos tan netos que sólo se descomponen un momento dado para volverse á agrupar bajo otro aspecto: todos estos piecitos que caen á compás, todos estos batallones coreográficos que jamás se desconciertan, ni se embrollan en sus maniobras! Allí nada de conversaciones, ni risas, ni miradas á los palcos de proscenio, ni á la orquesta. Es el mundo real de la pantomima, de donde se destierra la palabra, la acción no sale de su cuadro. Este cuerpo de baile está cuidadosamente escogido entre los alumnos del Conservatorio: muchas son lindas, todas jóvenes y bien formadas, y saben con conciencia su estado ó su arte, si mejor os agrada.

Las decoraciones, muy ricas, muchas, muy bien cuidadas, son obra de pintores alemanes. Su descomposicion es en general ingeniosa, poética, y sabia; pero tal vez recargada de detalles inútiles que distraen la vista y ofenden al efecto. El colorido con frecuencia es pálido y frio. Los alemanes no son coloristas, y esta falta es notable cuando se llega de París, en donde se ha llevado tan lejos la magia de decoracion. En cuanto al teatro en sí mismo, tiene una maquinaria admirable: los robos, los hundimientos, las trasmutaciones, los juegos de luz eléctrica y todos los prestigios que requiere una escena de tramoya, se ejecutan con toda prontitud y seguridad.

Como hemos dicho, el aspecto de la sala es brillante; los trajes de las señoras se destacan deliciosamente del fondo de terciopelo de púrpura en los palcos, y para el extranjero el entreacto no es ménos interesante que el espectáculo. Puede, sin faltar, vuelto de espaldas al telon, fijar unos instantes en el foco de sus gemelos esos tipos femeninos tan variados y tan nuevos para él; algun vecino complaciente, conocedor de la aristocracia en la punta de los dedos, le designa por sus titulos de princesa, condesa ó baronesa estas ó las otras cabezas de cabellos rubios ó negros, que unen lo ideal del Norte con lo plácido del Oriente, como ellas mezclan las flores con los diamantes.

En la penumbra de las plateas destellan vagamente algunas celebridades, dos ó tres bohemias de Moscon, de trajes raros, y un cierto número de baronessas de auge exportadas del medio mundo parisiense, cuyas caras conocidas no exigen un nomenclátor.

El teatro francés, llamado tambien teatro Michel, está situado en la plaza de este nombre. El interior, cómodamente distribuido, pero decorado con bastante pobreza, tiene, como el Gran Teatro, su orquesta ocupada en las primeras filas por los rusos y extranjeros de distincion. Es muy frecuentado, y el conjunto de la compañía nada deja que desear: figuran en ella las señoras Volnys, Natal-Arnault, Théric, Mila, Berton, Deschamps, H. Varlet, Vernet, Leménil, Pechena, Tétard, que representan la comedia, el vaudeville, y el drama con un talento que es inútil especificar.

Los actores se disputan las novedades para sus beneficios, que son ordinariamente el sábado ó el domingo, y que determinan el espectáculo de la semana. Tal pieza se estrena en San Petersburgo casi al mismo tiempo que en París. Lo que en San Petersburgo se llama *la colonia francesa* no llena ni con mucho la mitad de la sala: el teatro Michel acaba de ser reconstruido bajo un plano más vasto y rico.

Durante nuestra estancia en la ciudad de los Czares se encontraba de paso el célebre actor negro americano, Ira Aldridge: dió representaciones en el teatro del Circo, no lejos del Gran Teatro.

Era la novedad de San Petersburgo y preciso tomar con varios dias de anticipacion una butaca en cualquier rango posible para una de sus funciones: representó el *Othello*. El origen de Ira Aldridge le dispensaba de toda tinte de jugo de regaliz ó de cascá de café: no necesitaba meter sus brazos en mangas de punto color chocolate.

El cútis del moro era el suyo, y sin esfuerzo podia identificarse. Así es que su salida fué magnífica: era *Othello* mismo, como le habia creado Shakspeare, con sus ojos medio cerrados, y como desvanecidos al resplandor del sol africano, su descuidado talaute oriental y esa desenvoltura de negro que ningun europeo puede imitar.

Como no habia compañía inglesa, sino alemana, en San Petersburgo, Ira Aldridge recitaba el texto de

Shakspeare, y sus interlocutores Iago, Cassio, Desdémona, le respondian por la traduccion de Schlegel. Las dos lenguas, ambas de origen sajón, no se contrariaban mucho, sobre todo para nosotros, que no poseyendo ni el inglés ni el alemán, nos fijábamos principalmente en los juegos de fisonomía, en la pantomima y en las partes plásticas del papel. Pero esta mezcla debia parecer bien extraña á los conocedores de ambos idiomas.

Esperábamos una acción enérgica, desordenada, fogoso, algo bárbara y salvaje, por el estilo de Kean; pero el gran trágico negro fué prudente, templado, clásico, majestuoso, recordando bastante el juego de Macready. En la estrofa final sus furiosos no salieron de sus límites regulares: ahoga á Desdémona con miramientos y se sonroja de una manera muy civil. En una palabra, si se puede juzgar á un actor en tales condiciones, le conceptuamos con más talento que genio, con más ciencia que inspiracion. Sin embargo, apresurémonos á confesar que produjo un gran efecto y arrancó interminables aplausos.

Un *Othello* más salvaje, más feroz habria tal vez obtenido ménos éxito. En suma, *Othello* vive hace mucho tiempo entre cristianos, y el leon de San Marcos ha debido domesticar al leon del desierto.

El repertorio de un actor negro parece que deberia limitarse á las piezas de color; pero bien reflexionado, ¿por qué un actor negro no ha de llenarse de harina para un papel de blanco? así sucedió. Ira Aldridge representó, la semana siguiente, el rey Lear, de modo que produjo la ilusion apetecida. Un cráneo de carton de color de carne, de donde colgaban mechales plateadas, cubria su cabello lanudo y le bajaba hasta las cejas, como un casco; una piececita de cera llenaba la curva de su nariz aplastada. Un afeitado espeso se extendia por sus mejillas negras, y una gran barba blanca envolviendo el resto de su semblante descendia sobre su pecho. La trasformacion era completa: Cordelia no hubiera podido sospechar que tenia un padre negro. Jamás el arte del afeitado habia tenido tal resultado. Por una especie de coquetería concebible, Ira Aldridge no habia blanqueado sus manos, y aparecian, á la extremidad de su túnica, oscuras como las patas de un mono.

En el papel del anciano rey perseguido por sus malvadas hijas, nos pareció superior al de moro de Veneria. Allí representaba: en *Othello* era él propio.

Tuvo momentos soberbios de indignacion y de cólera, pero con flaquezas, con temblores seniles y una especie de chochez soñolienta, propia de un anciano casi secular que pasa del idiotismo á la locura, al peso de intolerables desgracias.

Cosa extraña y que prueba cuánto sabe dominarse: aunque robusto, y en la fuerza de la edad, Ira Aldridge no dejó ver en toda la noche un solo movimiento juvenil: la voz, el gesto, el paso, todo era octogenario.

El éxito del trágico negro excitó la emulacion de Samoiloff, gran trágico ruso, que representó tambien, en el teatro de ALEXANDRO, *Othello* y el *Rey Lear*, con un número y un vigor dignos de Shakspeare.

Samoiloff es un actor de genio: es desigual, caprichoso, con frecuencia sublime, brillante é inspirado. Es á la vez terrible y burlesco, y si representa admirablemente á un héroe, no es ménos feliz en reproducir á un borracho. Por lo demás, es un hombre de mundo, con modales finisimos. Artista de los pies á la cabeza, él mismo dibuja sus trajes y hace caricaturas tan chistosas y oportunas en el trazado como en la intencion. Sus representaciones fueron muy concurridas, pero no tanto como las de Ira Aldridge.

EL REGRESO.

por

ENRIQUE HEINE.

I.

En mi vida ¡ay! tan tenebrosa, ha brillado en otro tiempo una dulce imagen; ahora la dulce imagen se ha desvanecido, y estoy envuelto en tinieblas.

Cuando los niños se encuentran en la oscuridad, están inquietos, tienen miedo, y para desear su angustia, cantan en alta voz.

Yo tambien, niño loco, canto hoy en las tinieblas; si mi canto no resuena de una manera armoniosa, me ha libertado, sin embargo, de las angustias de mi corazón.

II.

No sé lo que quiere decir esta tristeza que me consume; hay en ella un cuento de los tiempos pasados, cuyo recuerdo me atormenta sin cesar.

El aire es fresco, la noche cae y el Rhin se desliza en silencio; la cima de la montaña centellea con los últimos rayos del Poniente.

La más bella de las vírgenes está sentada en su cuspide como una aparición maravillosa; brillan sus adornos de oro; peina sus cabellos de oro.

Peina sus cabellos de oro con un peine de oro, y canta una canción, una canción cuya melodía es prodigiosa y terrible.

El marinero en su barquilla se halla traspasado de un loco dolor; no ve los golfos ni las rocas; no ve más que á la virgen sentada sobre la montaña.

Creo que las olas traguen al fin al marinero y la barca: es Loreley quien ha hecho esto con su canto.

III.

Mi corazón, mi corazón está triste; sin embargo, el mes de Mayo resplandece con su alegre esplendor. Apoyado contra un tilo, estoy en la antigua esplanada.

Debajo de mí corre azul, apacible y silencioso el río de la ciudad; un niño se desliza en una barca y silba una canción.

Al otro lado de la corriente se levantan y confunden, en un desorden pintoresco, ciudades, jardines, y los hombres y los bueyes, y las praderas y el bosque.

Jóvenes sirvientas extienden ropa y corren por el césped. El molino de agua hace bailar en un rayo de sol su polvo de diamantes; su lejano murmullo llega hasta mí.

Sobre una vieja torre gris hay una garita; un joven vestido de encarnado va y viene por la muralla.

Juega con su fusil que brilla al sol; presenta el arma, apunta.... Quisiera que de un tiro me tendiera muerto.

IV.

Voy al bosque y lloro; el tordo se ha subido en las ramas más altas de los árboles; salta y canta dulcemente: —¿Por qué estás tan triste?

—Las golondrinas, tus hermanas, te dirán, amiga mía; ellas han habitado en graciosos nidos, allá en las ventanas de mi bien amada.

V.

La noche está húmeda y tempestuosa; el cielo sin estrellas. En el fondo del bosque, bajo los árboles, cuya hojarasca zumba, voy errante en silencio.

Á lo lejos, una lucecita brilla en la solitaria casa del guardabosque; pero la luz no me atraerá hacia aquel lado: hay mucha tristeza allá abajo.

La abuela, ciega, está sentada en un sillón de cuero, sinistra, inmóvil como una imagen de piedra, y no pronuncia una palabra sola.

El hijo del guardabosque, muchacho de cabellos rojos, va y viene por la casa; cuelga su fusil de la pared, y lanza con cólera una insolente carcajada.

La bella hiladora llora y moja el cáñamo con sus lágrimas; á sus pies, quejándose, se oculta el perro de su padre.

VI.

Cuando en viaje encontraba por casualidad la familia de mi bien amada, su hermanita, su padre, su madre me reconocian con alegría.

Me preguntaban por mi vida, y me decian al momento que no habia cambiado mucho, que mi rostro sólo estaba pálido.

Me informaba de las tías, primas y de no pocos compañeros enojosos, y del perrillo que aullaba de una manera tan dulce.

Me informaba tambien de mi bien amada, casada despues, y me contestaban amigablemente que estaba de parto.

Y amistosamente les daba mis felicitaciones, y añadía con una amable sonrisa, que la saludaran cordialmente mil y mil veces de mi parte.

La hermanita exclamaba de pronto: el perrillo tan dulce, tan lindo, ha crecido y rabiado; se le ha arrojado al Rhin.

Esta chica se le parece mucho á mi bien amada, sobre todo cuando rie; tiene los mismos ojos que me han hecho tan miserable.

VII.

Estábamos sentados en la casa del pescador y mirábamos el mar. Las nieblas de la noche se elevaban y subían hacia los cielos.

Poco á poco se encendieron las luces del faro; en lontananza se descubria aún un navío.

Hablamos de tempestades, de naufragios; hablamos de los marineros y de su vida agitada entre el cielo y el agua; de su vida, que se dividen la inquietud y la alegría.

Hablamos de las costas lejanas, del Sur y del Norte, y de los hombres extraños que habitan esas regiones, y de las extrañas costumbres que reinan en ellos.

A las orillas del Ganges sólo se encuentran perfumes



6. Lambrequin para el lavabo núm. 8.

En Laponia son las gentes sucias, pequeñas, con cabezas aplastadas y bocas enormes. Calientanse alrededor del fuego, cuecen el pescado, se baten y gritan.

Las jóvenes nos escuchaban gravemente, y por último, todos enmudecieron. No se veía ya el navío. La noche era profundamente negra.

VIII.

Bella hija del pescador, trae tu barca a tierra. Ven junto a mí, siéntate a mi lado, y hablemos con las manos cogidas.

Coloca tu cabeza querida sobre mi corazón, y no temas nada, tú que cada día te confías sin inquietud a la mar salvaje.

Mi corazón es semejante al mar. Tiene olas, y arrecifes, y tempestades, y no pocas perlas preciosas duermen en sus profundidades.

IX.

La luna se ha levantado e ilumina las ondas. Tengo a mi amada en los brazos, y nuestros corazones laten juntos.

En los brazos de la amable niña reposo solo en la orilla.

—¿Crees tú oír alguna cosa en el mugido del viento? ¿Por qué tiembla tu blanca mano?

—Lo que oigo no es el mugido del viento, es el canto de las vírgenes del mar, el canto de las vírgenes, mis hermanas, que el Océano tragó en otro tiempo.

X.

El viento sopla en su trompa; la trompa de agua azota las ondas a golpes redoblados, y las ondas aullan, las ondas mugen y truenan.

De lo alto de las nubes sombrías corren los torrentes, torrentes de lluvia; se diría que la vieja Noche quiere tragarse al viejo Océano.

La gaviota viene a posarse sobre el mástil y lanza sus gritos entrecortados, gemidos dolientes. Sufre profundas angustias y se apresura a profetizar una desgracia.

XI.

La tempestad empieza el movimiento, silba, aulla, gruñe: ¡Ola! ¡cómo baila la navicilla! La noche está alegre y terrible.

La mar furiosa forma una montaña viva de agua. Aquí bosteza un tenebroso abismo; allá las olas se levantan como una torre blanca.

Del fondo del camarote se oyen gritos, maldiciones y ruegos. Me sostengo sólidamente agarrado al mástil y me digo: estaría mejor en mi casa.

XII.

Llega la noche; la niebla cubre el mar. Las olas zumban misteriosamente. Entonces, a lo lejos, una formase levanta del seno de las ondas.

Es el hada del mar que sale de las olas: se sienta junto a mí sobre la playa. Sus blancas espaldas salen de sus velos entreabiertos.

Me enlaza con sus brazos, me aprieta, hasta el punto de hacerme daño.

—Me aprietas demasiado fuerte, ¡oh, bella hada del mar!

—Sí, te enlazo con mis brazos, te aprieto con ardor; quiero calentarme junto a ti; la noche está tan fría!

La luna aparece pálidamente en la cima de las nubes tempestuosas.

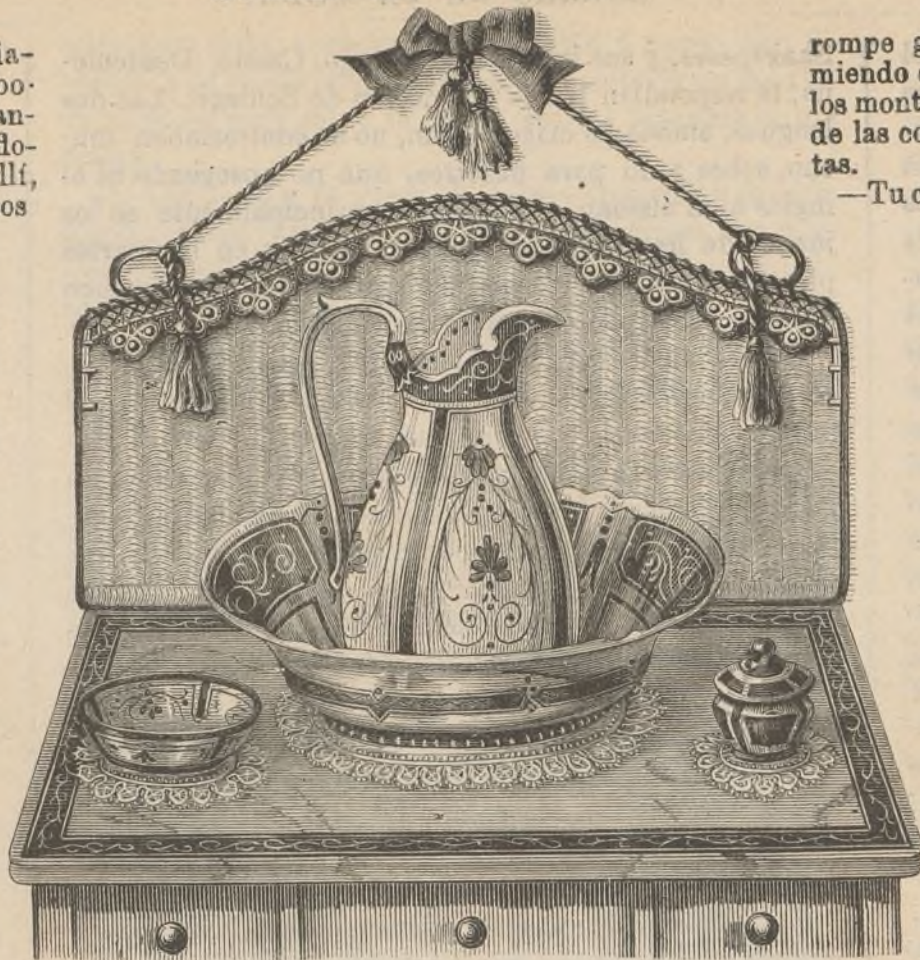
—Tu mirada se vuelve más turbada y más húmeda, ¡oh, bella hada del mar!

—No se vuelve más turbada y más húmeda; está húmeda y turbada porque al salir de las aguas una gota me ha quedado en los ojos!

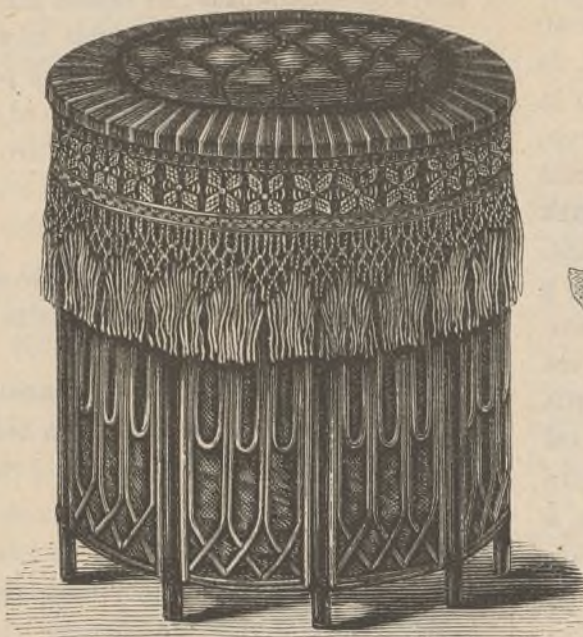
Las gaviotas lanzan gritos dolorosos; la mar se

y claridades; árboles gigantes florecen allí, hermosos

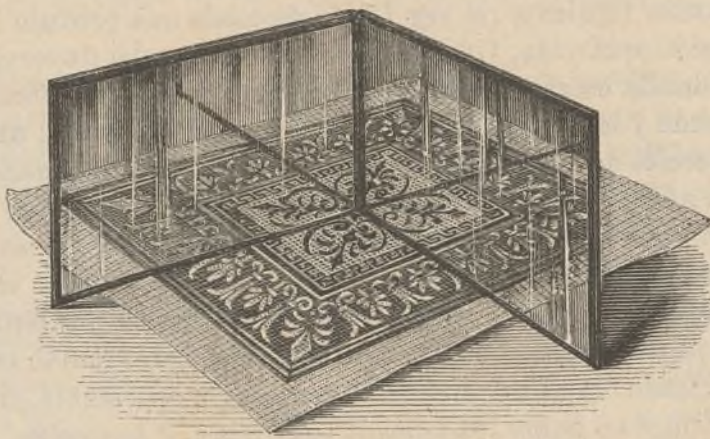
hombres se arrodillan en silencio ante la flor del loto.



8. Lavabo adornado. (Véanse los núms. 1 y 9.)



10. Pouf canastilla.



12. Espejo refractario para sacar el dibujo núm. 13.

rompe gimiendo en los montes de las costas.

—Tu co-

razón está agitado por latidos salvajes; ¡oh, bella hada del mar!

—Mi corazón está agitado por latidos salvajes; por latidos salvajes mi corazón está agitado, porque te amo más de lo que te puedo decir; tú, mi bello enamorado de la raza de Adán.

XIII.

Cuando paso por la noche delante de tu casa, estoy alegre, cariño mío, cuando te veo a la ventana.

Con los ojos de un moreno oscuro, me miras como para sondear mi corazón:

—¿Quién eres tú y qué te falta, extranjero de rostro dolorido?

—Yo soy un poeta alemán conocido en los países alemanes. Cuando se citan los nombres más gloriosos, se cita también el mío. Y lo que me falta, querida de mi alma, falta a más de uno en los países alemanes. Cuando se habla de los más duros sufrimientos, de mi sufrimiento también se habla.

XIV.

La mar brilla a lo lejos en el último rayo del Poniente; estábamos sentados unidos y solos.

La niebla se levantaba, la ola hinchaba su seno, la gaviota volaba de una a otra parte y de tus ojos corrían lágrimas, lágrimas de amor.

Desde esta hora mi cuerpo está consumido y mi alma muere de deseo; la desgraciada mujer me ha envenenado con sus lágrimas.

XV.

Allá arriba, sobre la montaña, se levanta un elegante castillo. Tres bellas señoritas moran, de las que he probado el amor. Jetta me abrazó el sábado; el domingo le tocó el turno a Julia, y Cunegonda el lunes me ahogó con sus caricias.

Sin embargo, el martes hubo fiesta en el castillo de mis tres señoritas; los señores y las damas de la vecindad vinieron en caballos y calesas.

Yo no fui invitado, ¡y en verdad obrásteis neciamente! Tías y primos cuchicheaban entre sí, lo que se notó y causó risa.

XVI.

En el fondo del horizonte, como esas formas vagas que dibuja la niebla, aparece la ciudad con sus torres, rodeada por el crepúsculo de la tarde.

Un viento frío y ligero riza la cenicienta superficie del río; el marinero sentado en mi barca agita sus remos con un movimiento monótono.

El sol separa aún una vez sus rayos del seno de la sombra y me muestra el sitio en que en otro tiempo perdí lo que amaba más.

XVII.

Yo te saludo, grande y misteriosa ciudad que encerrabas ántes a mi muy amada en tu seno.

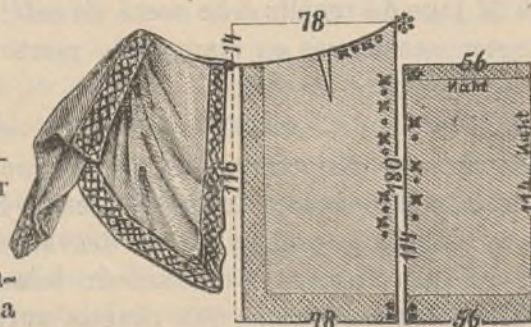
Hablad, torres y puertas; ¿dónde está mi bien amada? Yo os la he confiado; debéis responder de ella.

Las torres no son culpables; no podían moverse, cuando mi bien amada, con sus cofres y cajas,

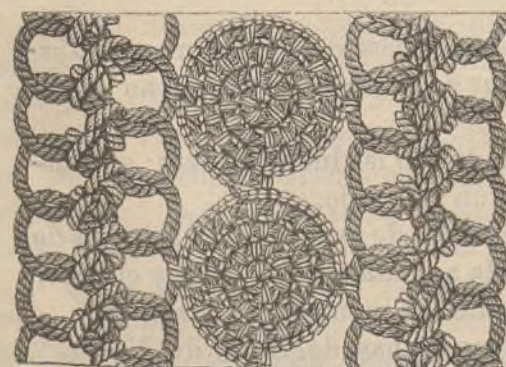
abandonó de repente la ciudad. Estas son las puertas de la ciudad que la han dejado partir sin decir una palabra; ellas permanecieron abiertas de admiración al ver salir a la bella loca.

XVIII.

Voy de nuevo por



14. Cróquis para la túnica núm. 2.



9. Cenefa para el tapete núm. 5.

13. Almohadon de tapicería. (Véase el núm. 12.)



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras
 Plaza de Isabel 2^a, II. Madrid.

camino de
los que tan
casa de mi
an abando
Ah! como
duro el
casas q
resuro y h
He entrad

15. Corb
me fiel. E
ro tiempo
arse á las

La noche
ruido ;
ada; muc
ó la ciud
el mismo
(Cosa ext
el cielo,
embo al
Oh! tú,
ambulo
Por qué in
do esos
amor
ismo sitio
en entón
antas noc

XI.
(Cómo p
esar tran
o que vi
stigua c
erta, y v
mi yugo.
(Conoces
joven;
arrastró á
Créeme
mente bell
antos reun

La jóven
lando. F
vales.
Quiero

camino de otro tiempo, por las calles que tan bien conozco; vengo de casa de mi muy amada, tan triste y abandonada hoy.

Ah! como son las calles estrechas! duro el pavimento. Parece que las casas quieren aplastarme. Me apresuro y huyo á toda prisa.

XIX.

He entrado en la sala en que juró



15. Corbata de tul y encaje irlandes.

me fiel. En el sitio en que corrieron en otro tiempo sus lágrimas, he visto arrastrarse á las serpientes.

XX.

La noche está silenciosa, las calles en silencio; en esta casa vivía mi bien amada; mucho tiempo hace que ella abandonó la ciudad, pero la casa está siempre en el mismo sitio.

¡Cosa extraña! En ella hay un hombre de pie, las miradas fijas en el cielo, y que se retuerce las manos en los trasportes de su dolor. Me emblo al verlo... A la claridad de la luna, reconocí que era yo.

¡Oh! tú, pálido y solitario compañero! ¿Por qué imitas de este modo esos sufrimientos de amor, que en este mismo sitio me torturaron entonces durante tantas noches?

XXI.

¿Cómo puedes tú descansar tranquila sabiendo que vivo aún? Mi antigua cólera se despierta, y voy á romper mi yugo.

¿Conoces tú la antigua canción? Había un día muerto un joven; vino á media noche á buscar á su amada y la arrastró á la tumba.

Créeme, oh hermosa niña, hermosa niña maravillosamente bella, yo vivo, y soy más fuerte que todos los dioses renidos.

XXII.

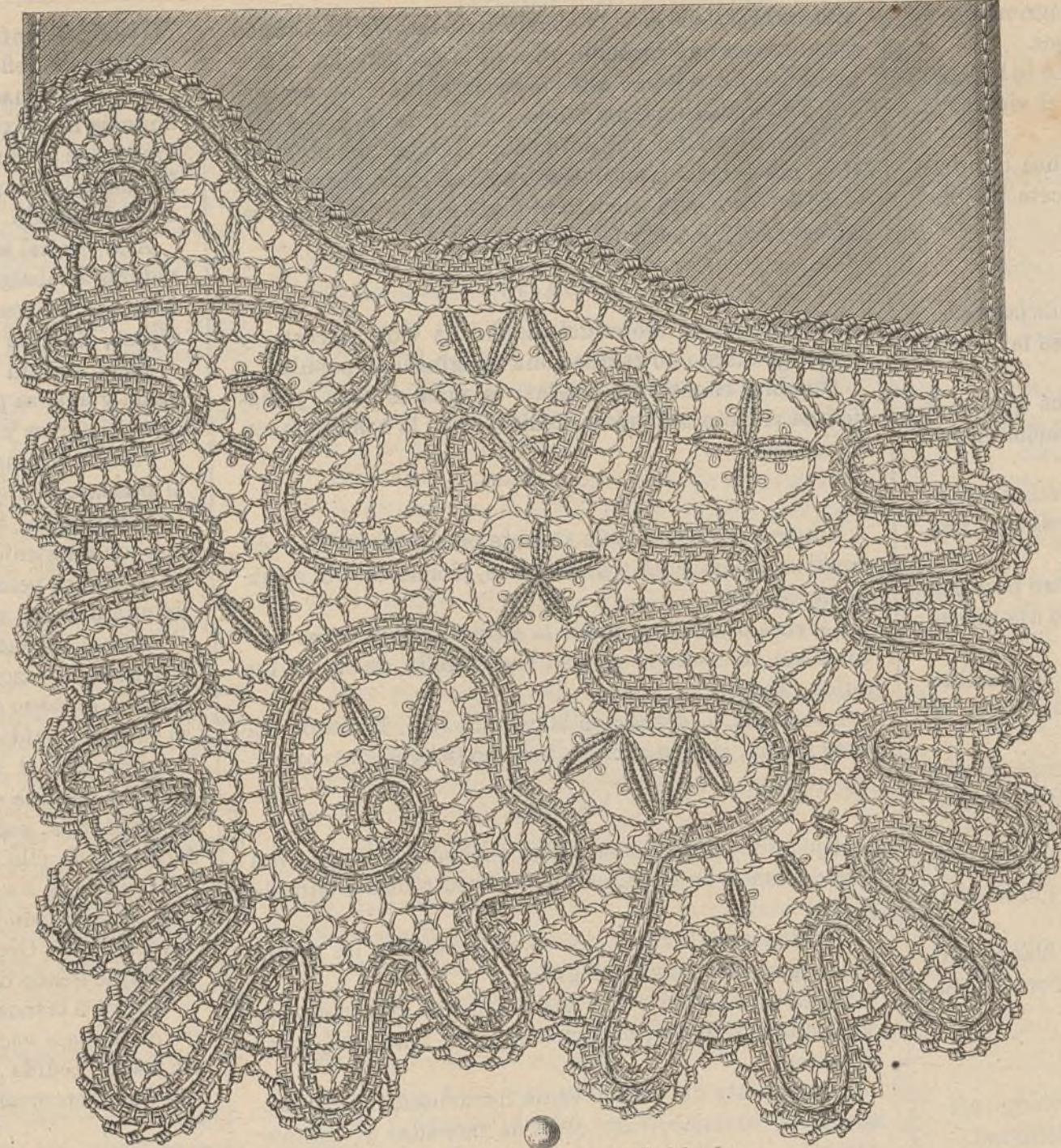
La joven duerme en su cuarto; la luna la mira temblando. Fuera, voces é instrumentos cantan aires de vals.

Quiero ver por la ventana quién puede turbar de este modo mi reposo.

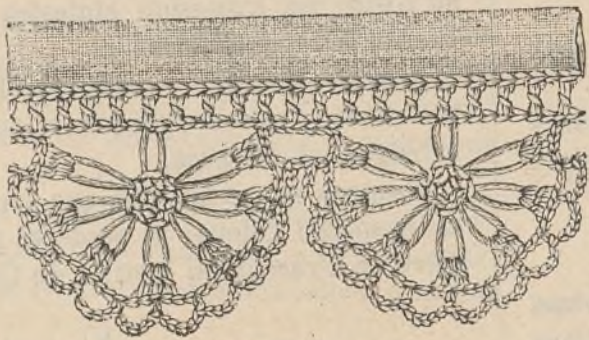
—Un esqueleto está allí, que toca el violín y baila.



23. Ángulo para tapete ó almohadon



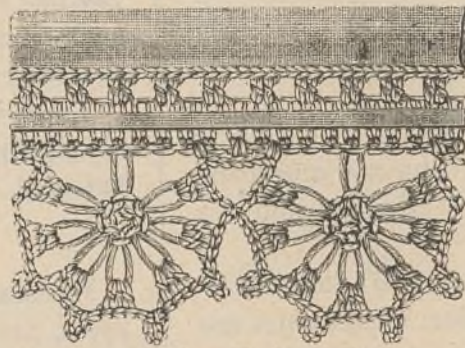
16. Corbata de encaje irlandes.



18. Puntilla de crochet.



20. Redoma caza-moscas.



19. Puntilla de crochet.



21. Cubre-maceta. (Véase el núm. 22.)

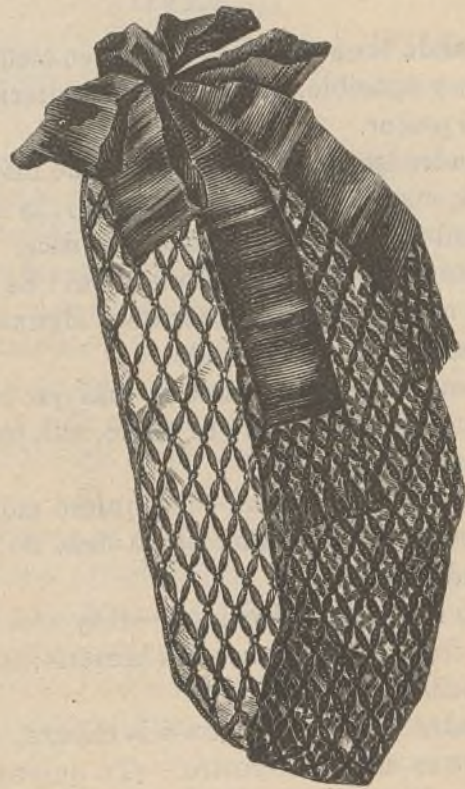


22. Cenefa para el núm. 21. Bordado en cañatazo Java.

—Tú me prometiste entonces bailar conmigo y has faltado á tu palabra. Hoy hay baile en el cementerio; ven, y bailaremos juntos en él.

Un deseo espantoso sobrecogió á la joven y la arrastró fuera de la casa. Sigue al esqueleto, que marcha delante de ella, cantando y tocando el violín.

Toca el violín el esqueleto, baila, salta y hace chasquear sus huesos, y aquí, allá,



17. Redecilla Mazaniello.

con su cráneo hace sendas reverencias siniestras á la claridad de la luna.

XXIII.

Me hallaba sumergido en sombríos ensueños y contemplaba fijamente su retrato, y la imagen muy amada principió á moverse y á vivir.

En sus labios se desplegó una maravillosa sonrisa, y lágrimas de dolor brillaron en sus ojos.

Yo también, mis lágrimas corrieron á lo largo de mis mejillas. —¡Oh, Dios mío! no puedo creer que te he perdido.

XXIV.

¡Oh qué desgraciado Atlas soy! Es preciso que lleve un mundo, todo un mundo de dolores. Llevo lo que no puede llevarse, y mi corazón está siempre próximo á romperse en mi pecho.

¡Oh corazón lleno de orgullo, tú lo has querido! Tú querías ser feliz, tú querías ser infinitamente dichoso é infinitamente desgraciado. ¡Oh corazón lleno de

orgullo! y ahora eres la misma miseria.

XXV.

Sonaba, la luna arrojaba sobre la tierra una triste mirada, y tristes parecían las estrellas. Mi sueño me llevó á la ciudad en que habitaba mi bien amada, á muchos cientos de millas.

Me llevó á su casa; besé las piedras de la escalera, esas piedras que ha tocado con frecuencia su pequeño pie y el borde de su ropa.

La noche era larga, la noche era fría, las piedras estaban muy frías también; en la ventana vi lucir el pálido rostro de mi bien amada iluminado por los rayos de la luna.

XXVI.

¿Qué me quiere esta lágrima?



24. Ángulo para tapete ó almohadon

ma solitaria! Me turba la vista. Es una lágrima de los antiguos días que ha permanecido en mis ojos.

Ella tenía muchas hermanas brillantes que se han desvanecido todas, desvanecido en la noche y el viento con mis sufrimientos y mis alegrías.

¡Ah! mi mismo amor, se ha disipado despues como un vano soplo. Vieja lágrima solitaria, desvanécete tambien á tu vez.

XXVII.

La pálida luna de otoño sale de en medio de las nubes; solitaria y apacible, al lado del cementerio, se levanta la casa del pastor.

La madre lee la Biblia; el hijo tiene los ojos fijos en la lámpara; medio rendida por el sueño, la hermana mayor se extiende en la silla; la más joven dice:

—¡Dios! cómo se fastidia una aquí! Es preciso que se entierre alguno para que tengamos alguna cosa que ver. La madre contesta leyendo:

—Te engañas; no han muerto más que cuatro personas desde que han enterrado á tu padre, allí, junto á la puerta del cementerio.

La hija mayor bosteza.—No quiero morir de hambre en vuestra casa; mañana iré á casa del conde que es enamorado y rico.

El hijo lanza una carcajada.—Hay tres cazadores que van con frecuencia á beber á la hostería; saben hacer oro, y me enseñarán su secreto.

La madre le tira la Biblia á la cabeza, y el libro va á dar contra su escuálido rostro.—¿Tú quieres, condenado, ser ladrón de camino real?

Oyen llamar á la ventana, y ven una mano blanca que les hace señas: es el padre difunto que está fuera con su vestido negro de predicador.

XXVIII.

Hace un tiempo espantoso; llueve, muge el viento, nieva; estoy sentado á la ventana y miro en la oscuridad.

Veó brillar una lucecita solitaria que camina lentamente, es una anciana con su linterna que atraviesa la calle.

Viene, según sospecho, de comprar harina, huevos y manteca; quiere hacer una torta para su hija querida.

La joven querida está en la casa, á su gusto, en un gran sillón; medio dormida, mira con su ojo pestañeante la luz de la lámpara. Y los bucles de oro de su cabellera flotan en su dulce y hermoso rostro.

XXIX.

Se cree que yo me aflijo mucho y que me muero de amor; yo mismo, al fin, principio á creerlo como los demás.

¡Oh! tú, querida la de los ojos grandes, te he dicho siempre que quiero más que puedo expresar; que el amor me consume el corazón.

Pero solo, en mi cuarto solitario, he hablado de este modo; en tu presencia, ¡ay! me he callado siempre.

Había allí ángeles que me cerraban la boca. Es por la causa de estos hermosos y malos ángeles ¡ay! que soy tan desgraciado hoy.

XXX.

Tus blancos dedos de lirio, quisiera besar aún una vez y apretarlos contra mi corazón, y morir derramando lágrimas deliciosas.

Tus grandes ojos de violeta los veo brillar delante de mí día y noche; esto causa mi tormento. ¿Qué significan estos enigmas dulces y azules?

XXXI.

Se amaban los dos, pero ninguno quería confesarlo al otro. Se miraban como lo harían dos enemigos y estaban próximos á morir de amor.

Se separaron por último, y no se vieron más que en sueño de tarde en tarde; habían muerto desde mucho tiempo, y apenas si lo sabían ellos mismos.

XXXII.

Amigos míos, cuando me he quejado á vosotros de mis sufrimientos que aquejan mi corazón, habeis bostezado y no me habeis dicho nada; pero cuando con mis dolores he hecho versos graciosamente modelados, me habeis prodigado grandes elogios.

XXXIII.

Llamé al diablo, y el diablo vino: á su vista quedé sorprendido. Ni es feo, ni cojea: es un hombre amable y encantador, un hombre en la flor de su edad, obsequioso, político, y que sabe vivir; es un diplomático consumado; habla muy bien de la Iglesia y el Estado. Un poco pálido está, pero no es cosa sorprendente; estudia á Hegel y el sanscrito. Su poeta favorito es siempre Klepstock. No quiere mezclarse en la crítica; ha dejado para siempre

este trabajo á su querida abuela Hecates. Me ha aladado los esfuerzos que consagro al estudio del derecho; él mismo se ha ocupado de éste en su juventud. Me aseguró que su amistad no tenía nunca para él precio, y al decirme esto, se inclinó políticamente; despues me preguntó si no nos habíamos encontrado en casa del embajador de España. En efecto, cuando ví más cerca su fisonomía, reconocí en él un antiguo conocimiento.

XXXIV.

Hombre, no te mofes del diablo. La vida es corta, y el castigo eterno no es una vana imaginación popular.

Hombre, cuenta tus deudas; la vida es larga, y más de una vez aún tomarás á crédito, como lo has hecho con frecuencia.

XXXV.

Los tres reyes magos de Oriente preguntaban en cada pueblo: «Eh! jóvenes y muchachas, ¿dónde está el camino de Belen?»

Jóvenes ó ancianos, nadie lo sabía. Los tres reyes continuaban su camino; seguían una estrella de oro de luz dulce y serena.

La estrella se detuvo en la casa de José. Entraron. El buey mugía, el niño gritaba, los reyes magos cantaban.

XXXVI.

Hijo mío, éramos niños, niños pequeños y alegres; nos introducíamos en el gallinero y nos ocultábamos entre la paja.

Cantábamos—kikiriki,—y cuando pasaban las gentes creían que era el canto del gallo.

Había cajas en el patio, las cubríamos con tapices, y nos metíamos dentro, hacíamos de ellas gran casa, y recibíamos.

La vieja gata del vecino venía frecuentemente á visitarnos; le hacíamos toda clase de monadas y cumplimientos.

Le preguntábamos cómo estaba con una solicitud afectuosa; despues, en sociedad, hemos hecho lo mismo con más de una gata vieja.

Despues nos sentábamos, hablabamos razonablemente como gentes graves, nos quejábamos: como era todo maravillas en nuestro tiempo!

El amor, la lealtad, la fe, ¡cómo ha desaparecido todo de la tierra! ¡y cuán caro es el café! ¡y raro el dinero!

Los juegos de la infancia han pasado, y todo rueda y se va; el dinero, el mundo, el tiempo, y la fe, y la lealtad, y el amor!

XXXVII.

Mi corazón está oprimido, y sueño con los días de otras veces, con los pesares ardientes. ¡El mundo entonces era una morada tan cómoda! ¡La vida tan apacible!

Hoy día ¡qué desorden! ¡qué confusión! ¡qué miseria! ¡El Señor Dios está difunto allá arriba: aquí bajo tambien ha muerto el diablo!

Y todo tiene un aire triste y monótono; todo está embrollado, todo está hueco y frío. Sin el pimpollo de amor que nos resta, no habría nada en que pudiera reposar el corazón.

XXXVIII.

¡Como la luna sale brillante de su negro crespon de nubes! De la misma manera del fondo tenebroso de mis recuerdos se levanta á mis ojos una imagen luminosa.

Estábamos sentados en el puente de un navío; descendíamos orgullosamente el Rhin, y las orillas del río, adornadas de la verdura del estío, brillaban con los fuegos del Poniente.

Estaba sentado, pensativo á los pies de una dama bella y encantadora; sobre su dulce y pálido rostro jugaba un rayo de luz rojo, un rayo rojo del sol.

Los laudes resonaban, las jóvenes cantaban. ¡Oh maravillosa alegría! ¡Y el cielo se puso más azul, y mi alma se engrandeció!

Delante de nosotros, como apariciones fabulosas, pasaban las montañas y los palacios, los bosques y los prados, y como en un espejo, veía brillar y reflejarse todo esto en los ojos de mi bella compañera.

(Se continuará.)

ENRIQUE HEINE.

LA FUENTE DE LOS EXCOMULGADOS.

(Conclusion.)

Cada vez se oyen más próximos los sonidos de las trompas de la segunda cabalgata.

Pero el risueño cielo comienza á cubrirse de cenicientas nubes; como enjambres de sombras se persiguen, y con-

cluyen por confundirse en una sola, formando un manto de plumizos reflejos.

Un continuado zumbido, que crece por instantes, anuncia la proximidad de la tormenta, y el suave murmullo que producía en las ramas de los árboles el pasode las auras, es sustituido por el espeso silbar del huracán desencadenado.

A la voz del señor de Alvar-Núñez, prepáranse los cazadores á cabalgar de nuevo en dirección al castillo, y Alba oprime con su diminuto pié la rodilla de su anciano esposo, al tornar á ocupar la bordada silla de su hacanea.

Ya en actitud de partir, manifiesta tener sed la noble dama y avanza presuroso su paje de copa, presentándole esta primorosa y bendita alhaja.

Pasa de sus manos á las del anciano, quien la llena con el trasparente líquido de la tranquila fuente.

Al inclinarse, hollando con su rodilla las florecillas del margen y sosteniendo entre sus dos manos la pesada copa, un diabólico pensamiento surca su frente bajo la forma de una pasajera nube.

Avanza despues, alargando cariñosamente á su esposo el cincelado vaso, y recíbelo esta, no sin estremecerse, como si la mano de su esposo bastara á emponzoñar con su roce el líquido en él contenido.

Apoyando él su brazo en el encorbado cuello de la hacanea, parece cambiar con Alba algunas frases, llenas de galantería, según la forzada expresión que animan las facciones de ella.

Mientras, y á una imperiosa señal del celoso anciano, han abandonado las cercanías de la fuente todos sus servidores. Sólo Gonzalo permanece á una respetuosa distancia, teniendo de su diestra el fogoso corcel de su señor.

Vuelve á manos de éste la consabida copa y dirígese á la fuente para vaciar en ella el resto de su contenido, no sin haber pedido á Gonzalo el cofrecillo de marfil que ha de encerrarla...

La tormenta aumenta por instantes; las sombras se apoderan del bosque y empiezan á caer anchas gotas que producen extraño ruido al chocar con las hojas de los árboles.

En aquel momento el señor de Alvar-Núñez obedece á una inspiración satánica, y manifestándola en su rostro con expresión siniestra, arroja al fondo de la fuente la copa del vicario.

Avanza despues con el cofrecillo vacío, y cerrado, en sus manos, colocándolo por sí mismo en el arzon de la cabalgadura del paje.

Despues se oye el ruido que los tres corceles producen, en frenético galope, al perderse por el laberinto de la selva en dirección al castillo de Caravaca.

VI.

Cuéntase que cuando las sombras de las nubes movieron en tenebroso manto el álamo de negras hojas que cobija la fuente de su nombre, contempló algún aterrado pastor el espectáculo siguiente:

Cabalgando en una de las ramas del álamo, veíase á la luz de los relámpagos un sér de extraña forma, en cuya crespas frente se retorcián dos agudos cuernos.

Balaceada la rama por el huracán, descendía con acompasado movimiento hasta rozar las cristalinas aguas, y cada vez que esto sucedía, el diabólico personaje contemplaba con sus rojizas pupilas un objeto que parecía resplandecer bajo los cristales de la fuente, prorrumpiendo despues en espantosas carcajadas.

VII.

Cuando los inclinados rayos de la tarde principiaban á acariciar ya las almenadas murallas del castillo, vióse salir de éste un grupo que descendió por la tortuosa cuesta, atravesando la población y tomando la que hoy se conoce con el nombre de Camino del Huerto.

Componíase de nuestra desgraciada heroína, su muy ilustre esposo y el noble vicario.

Los tres caminan con mesurado paso, y contrastando con su silencio síguelos un bullicioso grupo de pajes y escuderos, entre los cuales no se halla el desventurado Gonzalo.

Mas que nunca pálida se encuentra la pobre dama, ressaltando su mármorea frente bajo el oscuro y amplio manto que la cubre, necesitando apoyarse en el brazo del vicario, como si la proximidad de su esposo le robase hasta las fuerzas y el aliento.

Muéstrase éste ceñudo y pensativo, y en el semblante del vicario nóntanse las señales de una profunda tristeza.

—¿Y decís que Gonzalo?... exclamó en tono interpelativo el vicario.

—¡Oh! Gonzalo es imposible que haya robado la copa.

Un objeto de tan inmenso valor y que hasta se halla desposeído de la gracia el que intencionadamente la hiciera desaparecer... se apresuró á murmurar Alba.

Oscurecióse más la frente del viejo, exclamando á su vez:

—¡Oh! pues de vuestras manos á las suyas no hay tan gran trecho, que perder se pueda; ni creo que en los breves segundos que la tuve en las mías, se evaporase como por encantamento. Pero á bien que excomulgado se halla el delincuente, y pronto conoceremos al reo de tan enorme pecado, cuando sobre él se cumplan los preceptos de vuestra aterradora excomunión.

—Que nadie le dé agua cuando tuviere sed; que sienta abrasarse las entrañas, y que languidezca como las flores que se secan sin rocío.

A estas palabras del vicario siguió un profundo silencio, necesitando Alba enlazar sus manos sobre el brazo que la sostenía, para no caer desvanecida.

Sus ojos se elevaron al cielo, mientras los labios de su esposo se plegaban con una diabólica sonrisa.

—Bien claro acusa á vuestro paje, señora, su desaparición, temiendo al justo castigo.

—¡Oh! Es inocente, pero las apariencias le acusan y habrá temido ser víctima de ellas.

—La cólera de Dios es como la luz del relámpago, que llega á todas partes: inútil es ocultarse; añadió el vicario.

Continuaron hablando nuestros tres personajes, mientras avanzaban en dirección al sitio de la fuente.

Quien se hubiera adelantado á su paso, ó tornado el camino más corto, mientras aquellos se internaban por el embalsamado dé lalo de encinas, hubiera visto en el lugar de la fuente al infortunado paje, reclinado sobre el menudo césped, medio envuelto por la sombra del corpulento álamo, ocultando su rostro entre las manos y demostrando en su actitud la amarga desesperación de su alma.

A veces murmuraba palabras entrecortadas, que revelaban el estado de sus sentimientos.

—El demonio, sí: únicamente el demonio podía amparar estos amores funestos. ¿Y por qué no buscar su protección cuando me falta la de los hombres y hasta parece que he caído en el olvido de Dios?... Nunca se me olvidará aquella noche en que al primer rayo de la luna lo ví aparecer en este pintoresco sitio, prometiéndome una felicidad sin límites. Espantado rechacé sus ofertas, y bien pronto he tocado las consecuencias de su enojo. Sólo la mano satánica puede haber hecho desaparecer esa copa, de cuyo robo se me acusa. Yo huiré de estos lugares donde tan triste ha resbalado mi vida; pero ¡ay! cuánto más amarga no será en aquellos donde me falte la mirada de Alba!...

Rumor de pasos de personas que avanzaban sobre una alfombra de hojas secas hizo tornar en sí á nuestro paje, que precipitadamente se levantó disponiéndose á apelar á la fuga.

Pero el argentino timbre de una voz de mujer, pareció como que lo enclavaba en aquel sitio, imposibilitando su huida.

Sólo avanzó hasta ocultarse entre un espeso grupo de troncos, hecho impenetrable por los largos y elásticos brazos de las plantas trepadoras.

VIII.

Llegados que fueron á la fuente nuestros tres personajes, adelantóse hasta su margen el vicario, descubriéndose todos sus acompañantes, que doblaron una rodilla en tierra.

Mostrando un crucifijo pendiente de su seno por una cadena de oro, la inocente dama lo oprimió fuertemente con sus labios, regándolo con su llanto.

Arrodillada sobre un rico cogin de velloré rojo, hubiera caído de espaldas á no sostenerla su esposo, quien parecía murmurar en sus oídos, con un goce infernal, palabras que la hacían estremecer.

Extendió el vicario ambos brazos y levantó los ojos al cielo; después repitió la aterradora fórmula de la excomunión contra quien ocultare la sagrada alhaja.

Los últimos trémulos rayos de la tarde filtrándose por entre las espesas hojas, húmedas aún y abrigadas por la anterior tormenta; la serenidad del cielo y poética calma de aquel sitio y el aspecto de los servidores, cuyas frentes se inclinaban con espanto á las solemnes palabras del vicario; la desventurada y hermosa dama, de rodillas y desfalleciendo en los brazos de su esposo, con la marmórea palidez del sepulcro; todo esto ofrecía un cuadro digno del pincel más afamado.

En el momento de pronunciar el vicario la terrible maldición, "nadie le dé agua cuando tuviere sed; sienta abrasarse sus entrañas y languidezca como las flores que se secan sin rocío," un grito de inmenso asombro se escapó de los labios de los circunstantes.

La fuente, un momento antes rumorosa y sonriente, estaba seca.

Entre sus arenas resplandecía un objeto bañado por el último rayo del sol poniente, como flotando en una

mística aureola. Era el histórico vaso de San Eloy.

A la universal exclamación de asombro, siguió un silencio de ansiedad abalanzándose todos al borde de la fuente y repitiendo la palabra "milagro," estallaron por último en exclamaciones que revelaban una precipitada serie de emociones.

Dascalzo y repitiendo palabras de oración, descendió el vicario hasta el fondo de la fuente, recogiendo el milagroso objeto que centelleaba con una claridad extraña.

Al pisar el margen de la fuente, precipitose á sus piés el señor de Alvar-Núñez, quien confesó en alta voz, causando la admiración de sus oyentes, haber sido el raptor de aquella alhaja, con el deliberado propósito de ocasionar la perdición del paje.

No omitió tampoco la causa que lo impulsó á obrar de esta manera, demandando el perdón, con gritos entrecortados por amarguísimos sollozos.

—Tan sólo el ofendido puede perdonarte, le respondió el vicario: el perdón divino lo conseguirás cuando tus penitencias y austera contricción te hagan merecedor de ello.

Pero en aquel instante la voz de Gonzalo dejóse oír, apareciendo éste en el lugar de la escena.

—Si necesitais mi perdón para conseguir el divino, tenedlo en buen hora, y que Dios se apiade de mí, como se ha apiadado de vos.

Dirigióse después con paso firme y sereno continente, como quien ya ha adoptado una resolución inquebrantable, hasta la hermosa dama, que descansaba sin sentido en brazos de sus servidores.

—Adios, señora, murmuró con opaco acento.

Y como si este tuviera la fuerza de un ensalmo, entreabrióse los rubios párpados de Alba, dirigiéndole ésta una indefinible mirada.

—Adios, para siempre: repitió el paje doblando una rodilla y llevando hasta sus labios la blanca mano de Alba.

Luego repitió con voz que únicamente fué oída de ella:

No podemos amarnos sobre la tierra: nos amaremos en el cielo.

IX.

Las puertas del monasterio donde habia pasado su niñez, se cerraron para siempre después de atravesarlas Alba.

Para, inocente y dichosa la habia abandonado por la vez primera; desventurada, pero pura todavía, las volvió á atravesar para no abandonarlas nunca.

Nada se supo de la suerte de Gonzalo.

Sus trovas siguieron celebrándose de castillo en castillo y de corte en corte, pero no ya alegres, como antes, sino impregnadas de una poética amargura.

Llegó un día en que no vibraron más los arambres de su laud: tal vez el ruiseñor habia muerto: tal vez volara á climas mas dichosos.

Un día, entre la inmensa multitud de penitentes que acudían á Roma implorando la bendición suprema del pastor de los pastores, vióse llegar á un peregrino, en el que difícilmente se hubiera reconocido al opulento señor de Alvar-Núñez.

Su cuerpo demacrado por los ayunos y destrozado por el largo viaje, y su rostro desfigurado por las lágrimas, acreditaban la rigurosa penitencia con que intentó borrar su enorme falta.

La agradecida voz de los pobres, entre quienes se habian repartido sus bienes, llegó hasta el Eterno y le fué levantada la excomunión por el sucesor de San Pedro.

Unicamente aquellos bienes que no habian podido ser enajenados pasaron al poder de la rama lateral más inmediata.

Con lo restante hicieron cuantiosos donativos á las órdenes hospitalarias, formándose el albergue de peregrinos templarios, que todavía se conserva, próximo á la citada fuente.

Desde entonces llamóse esta fuente *La Fuente de los Excomulgados*.

ADOLFO R. GÁMEZ.

REVISTA SEMANAL.

Suspiros de una amapola.—La risa francesa.—*Voulez-vous?*

¿Habeis visto, mis queridas lectoras, esas vaporosas manchas que con frecuencia cubren el azul de nuestro hermoso cielo español?

¿Las habeis visto avanzando lentamente, irse uniendo unas á otras para agrandar más su espesor y extenso contorno? No hay que preguntarlo, que sabido es el espíritu de observación que agita los cerebros de los hijos nacidos en nuestra amada patria, por el cual no menosprecia las

más pequeños detalles, mucho más cuando lo son de la naturaleza que nunca deja de admirar.

Pues bien; ese beso que la nube recibe de su compañera, ese ósculo engendrado por el impulso de una aérea corriente; si lo habeis notado habreis comprendido lleva en sí un sin mil de consecutivos trastornos que en breve llegan á modificar toda una parte, por cierto la más hermosa, de la sabia naturaleza.

Cada nube es una personalidad aislada.

El azul del cielo la sociedad más distinguida.

Hay una fatalidad en el ser humano, fatalidad que muchas veces se pierde.

Esa fatalidad es dependiente de una fuerza que la arrastra por los más estrechos senderos, por más que sean cubiertos por una aureola de placer.

El mundo sin ella no sería lo que es.

La vida de esta manera no sería una lucha.

Al ser la vida una prueba, esa lucha se hace necesaria.

Por eso el vicio es el trono en que se eleva la virtud.

Madrid tiene en su seno habitantes que viven los más de quiméricas frivolidades.

Por eso, donde quiera que se halla, se ve la falsedad simulada con la etiqueta.

Díganlo los Jardines del Retiro.

Yo no hablo sólo por la mujer; hablo también por el hombre.

Todos á la par llevan el sentimiento acorazado.

Esa coraza es la fatalidad de que ántes hablaba.

Es una espesa nube que mancha el limpio manto que cubre á la sociedad.

El ósculo cariñoso que de ella recibe, es el vicio hermanándose con la virtud.

La virtud por eso no muere.

Porque el vicio la esconde, haciéndola desear más.

Es una tempestad, que aterra á la naturaleza, para después caer como las corolas de una amapola al suspirar amores.

El viento las arroja al suelo, y pierden su belleza.

Un suspiro la desnudó, dejando ver la hipocresía de su color.

¡Desgraciada amapola!...

Y yo pregunto, ¿por qué el *simil* (?) de esa amapola, penetra en los jardines?...

¿Por qué?... porque la virtud la admite como hermana. Y ella esconde su falsedad...

¡Pobre sociedad!... pobre el que, hijo de ella, tenga que suspirar como la amapola.

* *

Como siempre, fuí la otra noche á Price.

Habia bastante gente.

Pasó el descanso y llegó la segunda parte.

La compañía Danesa, ejecutó sus cuadros.

Al terminar, una de las MM. de la compañía, recibió de manos de la florera un precioso ramo.

Cuando saludando, daba la MM. gracias al público por el favor, se dejó escuchar una estridente carcajada.

Todo el mundo volvió la cabeza hacia el sitio de que habia salido.

Unicamente un jóven quedó como paralizado.

La carcajada no le causó ninguna impresion, segun decian, porque la habia lanzado él.

¿Era esa acaso la risa francesa?...

¡Pobre jóven!...

Faltahace que la dicha compañía desaparezca del Circo Sino, la risa francesa se va á hacer general en Madrid.

Y en Madrid se quiere el placer desnudo de lágrimas.

De lo contrario se la desprecia, que para eso somos españoles.

* *

Yo soy un buen chico (no porque yo lo diga).

Pero no tengo más qué decir.

Porque la semana no ha sido pródiga en sucesos.

Pero sin embargo, para que Vds., mis queridas lectoras, me crean, les diré que nunca miento (así me figuro me creerán).

En fin, á lo que vamos.

Yo quiero decir á Vds. que hoy no hablo del sexo que me fascina (como á todos, por supuesto) que no digo nada de la mujer, porque... esta semana no la he visto.

No sé la que viene si sucederá lo mismo.

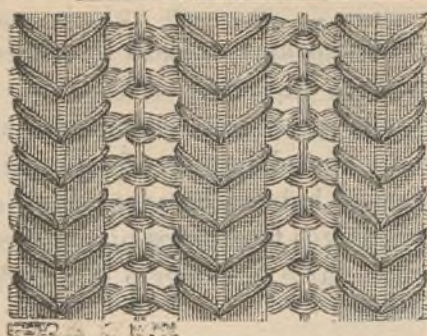
De Vds. depende.

Vayan á los Jardines, Vds., mis queridas lectoras, solamente Vds., y ya verán cómo la primera Revista es un cuadro de Murillo.

¡Irán!...

¡Espero que sí!

ALBERTO DIAZ DE LA QUINTANA.



25. Calados en tela para la cartera núm. 27.

LABORIOSIDAD.

Precioso don al hombre concedido por Dios. El que no pasa el tiempo en la ociosidad vive contento y feliz, pues cumple con sus deberes. El que se deja prender en las redes de la pereza vive intranquilo y enfermizo, pues la inacción es anti-higiénica; el hombre es una máquina cuya vida activa le hace funcionar; la máquina

sin acción se enmoeca. Además, pierde el inmenso tesoro que posee, que es el tiempo: un solo día aprovechado vale más que un mundo de riquezas: han dicho los ingleses que el tiempo es oro, yo digo que vale más; el oro tiene valor calculable y el tiempo no lo tiene.

No creáis que el trabajo duro y forzado del esclavo social á quien llamamos jornalero, que se aniquila por adquirir un poco de pan para su familia, es el solo trabajo de que os voy á hablar. Amad, si, amad á ese vuestro hermano que la fortuna hizo nacer en más humilde estado que el vuestro; sin él ¿qué sería de vosotros?... amadle, protegiéndole siempre que podáis. Huid, si, huid de esas almas pobres y mezquinas que le tratan mal; que hasta se avergüenzan de hablarle, que le miran como inferior á ellos; ¡error, error grande! es vuestro hermano, nada importa el

traje: vista púrpura ó harapos siempre es vuestro hermano. Trabajad vosotros por él á vuestra vez, como él lo hace continuamente por vosotros. Fundad domicilios hospitalarios, y además cada casa vuestra sea un refugio para sus necesidades. Estableced instituciones benéficas, sobre todo centros, grandes centros de instrucción, donde un día los hijos del jornalero brillen en las artes y ciencias, porque la base sobre que descansa la civilización; es la instrucción del pueblo: ella es la madre de todo progreso de las naciones.

Durante las representaciones en la Opera Cómica de la capital de la República francesa, del *Jean de Paris*, cantaba la parte de protagonista el tenor Mocker.

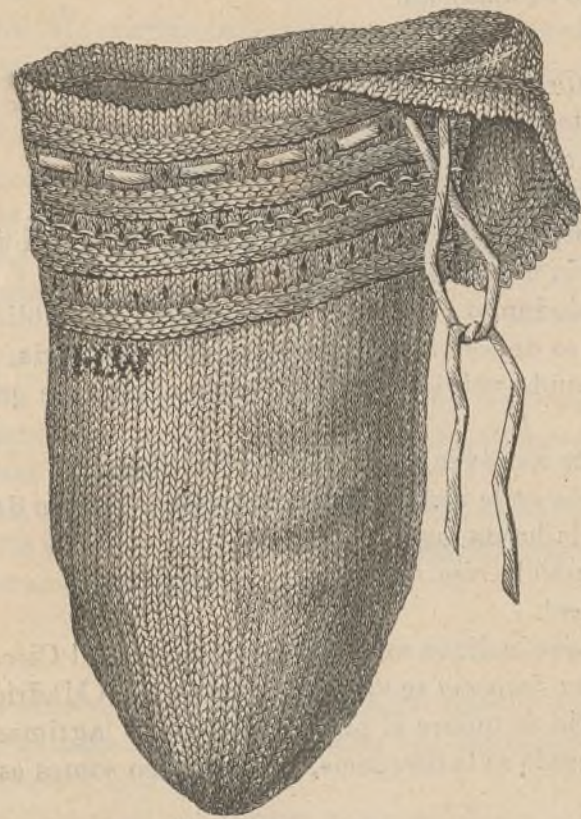
Este tenía que comer *coram populo* (un pollo asado).

Mocker, que en aquella época tenía veinte años y un excelente apetito, devoraba todas las noches en conciencia su bravo pollo.

Mas cansado el empresario de ver figurar en la cuenta tres francos

por un pollo, le presentó una noche el clásico accesorio de carton, imitado perfectamente.

Mocker, que ahorra la cena tragándose todas las noches su hermoso bípodo,



34. Bolsa para almidón.

encontrando inoportuno y de poco gusto el relleno del empresario, cortó en pedacitos el volátil, dejándolo inservible para la próxima representación.

A la mañana siguiente la lista se eleva á diez francos por el gasto del pollo.

Nueva obstinación del empresario que manda hacer un pollo de papel mascado; mayor obstinación aún de Mocker que desmenuza el segundo como el primero.

Pero la tercera noche el cuchillo del tenor se tuerce y rompe sobre el fingido pollo; éste era de sólida madera y de hojalata el cuchillo.

Por aquella noche venció el empresario; pero á la siguiente, en la escena de la comida, Mocker saca gravemente de debajo de la capa que llevaba una luciente sierra y se pone á aserrar el fingido volátil.

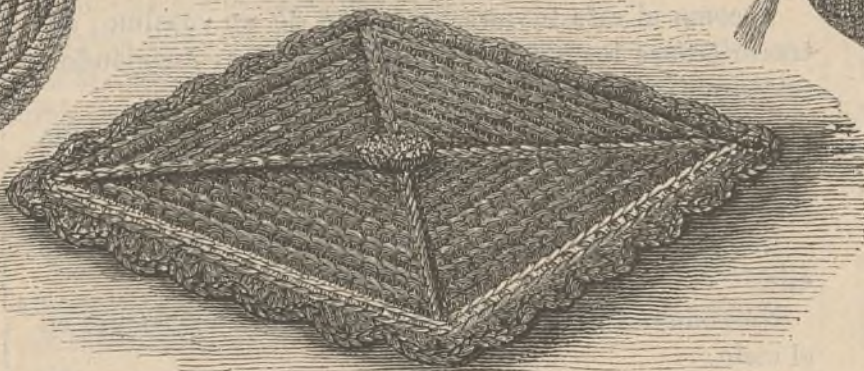
Sus camaradas y el público, del que una buena parte estaba en el secreto.



28. Cenefa de azabaches.



27. Cartera para labor. (Véanse los números 25 y 26.)



33. Almohadilla para limpiar las planchas.

prorumpen en homéricas é interminables carcajadas, tanto que apenas se pudo continuar y terminar la representación.

Desde aquella noche, el empresario se dió por vencido, y el pollo natural reapareció de nuevo y fué triunfalmente devorado por Mocker, con acompañamiento de aplausos de los espectadores.

Cuando Liszt, hace años, vino á España, y dió algunos espléndidos conciertos en Madrid; Salamanca, el Rottschil español, le preguntó si le gustaba el país.

—No es malo, contestó Liszt; pero es una desgracia que los cigarros sean tan malos.

—Me encargo de ese cuilado; mandaré á V. cigarros excelentes, repuso el Cresco de Madrid.

Liszt esperó que la promesa se tradujese en hechos; pero fué en vano: el banquero la había olvidado, con no poco disgusto del artista, el cual el día de su partida de esta capital compró 500 cigarros de los mejores, los puso en una elegante caja, y la envió al millonario en el momento que montaba en el coche, junto con una tarjeta, en la que había escrito, p. p. c. (*pour prendre congé*.)

Liszt viajaba en una silla de posta extraordinaria, y casi había llegado á la frontera, cuando detrás de su carruaje oyó gritar un estentóreo ¡alto!

Maravillado, miraba hacia fuera; no era un bandido como había temido, sino un correo cubierto de sudor y de polvo, que galopaba á su espalda gritando con todos sus pulmones: —Traigo el paquete

31. Bolsa de añil para la ropa de plancha.

32. Cilindro para lavar encajes.

que su excelencia dejó olvidado en Madrid.

Y desatada del caballo una valija, la presenta á Liszt, alejándose con la misma velocidad que había traído.

Liszt abre la valija y encuentra una caja de palisandro incrustada de plata, que contenía diez mil cigarros habanos de los mejores, con una tarjeta del Sr. Salamanca. (*Gaz Musicale*.)

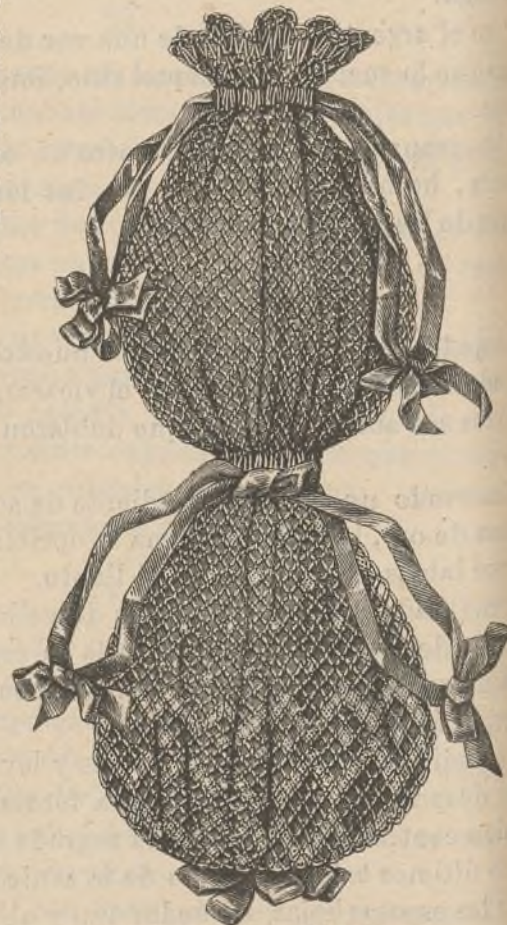
Explicacion del Figurin 1233.

Núm. 1.—Grupo de rosas y miosotis para el peinado.

Núm. 2.—Sombbrero duquesa. — Es de gasa *caroubier* y encaje crema, con fondo bullonado del quesale el bavolet, y lleva guarnición plegada al borde del ala, pluma blanca, adornos y bridas de encaje.

Núm. 3.—Sombbrero Amelia. — Es de paja con ala vuelta de adelante y diadema de encaje crema igual á las bridas. Corona de avena, y flores silvestres.

Núm. 4.—Sombbrero directorio. — Tiene el fondo bullonado de seda rosa, y ala muy ancha de paja forrada de seda por dentro, y ondulada para formar hueco á un grupo de rosas pálidas y encendidas: grupo de plumas blancas le completa.



35. Bolsa para ropa de lejía.

Núm. 5.—Sombbrero diadema. — Es todo de encaje blanco y fondo bullonado, con ala levantada y cubierta por diadema de encaje y grupo de flores, que va á unirse con el grupo exterior entrelazado con encaje; otro grupo con guirnalda ligera de las mismas flores, va en la parte posterior, extendiéndose por una de las bridas.

Núm. 6.—Sombbrero pifferano. — Es de paja y ala plegada, adornado su fondo de plumas y cintas negras, bajando de estas dos bridas á anudarse por detrás debajo del peinado.

Núm. 7.—Lazo y flor para el cabello. — Una cinta crema formando lazo con hebilla oxidada en el centro, y combinada con una rama de narcisos, forma éste sencillo tocado de baile ó teatro.



36. Delantal y mangas para planchar.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.ª Edición, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO.